

La cantante del gueto de Varsovia



Agata Tuszyńska

La cantante del gueto
de Varsovia
Wiera Gran, la acusada

Traducción del francés
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Wiera Gran. L'accusée*

Primera edición: 2011
Segunda edición: 2018

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com
Imagen: © Archivo Wiera Gran y Heinz Rutkowski

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Grasset & Fasquelle, 2011
© de la traducción: Íñigo Sánchez-Paños y Elena-Michelle Cano
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-185-5
Depósito legal: M. 12.291-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*¿Qué es el destino?
Nuestras propias trampas.*

I. B. Singer

CAPÍTULO 1

Contra las polillas, lo mejor son los limones

Contra las polillas, lo mejor son los limones. Medios limones. Un montón. Hay que cortarlos en cuatro trozos con un cuchillo puntiagudo y dejarlos en los armarios, en las baldas, en los cajones. Limones ácidos, jugosos, amarillos, como las arenas de las orillas del S'wider. De sabor insoportable. Matadores garantizados.

Los periódicos también matan las polillas, los periódicos viejos. Más despacio que el ácido, pero con la misma eficacia. Las letras desecadas tienen un poder repulsivo. El sudor de las letras de imprenta un poco pasadas paraliza. Las polillas dejan de moverse, se quedan quietas, se sumen en un sueño.

Miden un poco más de diez milímetros de largo, no necesitan comer, con la leche que han mamado de su madre les basta (leche yo no tenía; fue una nodriza quien le dio el pecho a mi hijo, a mi hijito, no bastaban el odio y la leche de la madre, se bebe el miedo). Las larvas, producidas por individuos adultos sin parar, sin parar, son miles de huevos, nos destruyen. En una misma estación pueden llegar a tres generaciones. Parásitos hay a montones. Cucarachas negras, cucarachas rubias, garrapatas. Ésas. ÉSAS. Mis enemigos se multiplican, proliferan con sus injurias, sus acusaciones, sus telarañas. Las polillas, por su parte, mordisquean la ropa. Unas ladronas. En el gueto había piojos, montones de niños piojosos, a quienes yo intentaba proporcionar un cobijo. Recogía dinero para el pan de los niños. Nadie me cree. Contra las polillas, lo mejor son los limones. Se cortan en trozos iguales y se ponen por todas partes en las

baldas y en los cajones. Contra las polillas, lo mejor son los limones.

Descuelga el teléfono, pero no dice nada. Respira. Con más dificultad, más fuerte, a medida que pasa el tiempo. Espera injurias, insultos. Espera que la descubran, que la encuentren, que acaben con ella. Pero aguanta. Emplea en ello toda la energía que le queda.

—Quería verla, Wiera.

—No puedo salir de casa.

—Puedo ir yo.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Van a venir y van a llevárselo todo.

—¿Quiénes?

—¿Está usted loca o qué? ¿Eso también tengo que explicárselo? Pero bueno, ¿de dónde habrá salido esta? *Ça va pas la tête*¹. Está chiflada. Schht... Cállese, por favor. Nos están escuchando y todo se queda grabado. Sabe usted perfectamente de quién quiero hablar. Voy a partirle la cara si sigue provocándome. Me están espiando, quieren quitarme de en medio. Me siguen en todo momento. La portera está conchabada con ellos. No paran de entrar, cuando estoy en el cuarto de baño y cuando me duermo. Se llevan todo lo que pueden, lo que tiene más valor, lo que más cuenta para mí. Roban, saquean, desvalijan. Sin escrúpulo alguno. Ni hablar de que me vaya de mi apartamento. No dejan de observarme.

El más peligroso es él, aquel cuyo nombre ella no pronuncia. A veces lo llama *Pałka*, ['el Cachiporra']».

1. 'No está bien de la cabeza', en francés en el original polaco. [N. de los TT.]

Al cabo de semanas de negociaciones, en la primavera de 2003, delante de la puerta de su apartamento.

Un barrio elegante de París, burgués, en los alrededores de la torre Eiffel. (¡Muy cerca del Sena!) Primer piso. Llamo. (Cartel en francés, en la puerta: «¡Llamar fuerte!») Una señora mayor, no muy alta, con una bata rosa, entreabre la puerta. No se fía de ella ni de mí. Moño gris hirsuto, un brillo en los ojos, la mano derecha apoyada en una muleta.

Un intersticio. Oculta con su propio cuerpo el interior oscuro. Ya hay una silla en el felpudo. Me observa desconfiada. Manos blandas, ágiles. «Coqueteo. Me encanta coquetear.» Con ese gesto no da pena. Intenta sacar una segunda silla abriendo lo menos posible la puerta. El interior del búnker, oscuro, preocupante. Un escondite. A la derecha puede verse escrito en la pared, también en francés: «Ladrón, ladrona – devuélveme todo lo que has cogido, sobre todo el poncho azul». No consigo leer más de un solo vistazo. El pelo, el vuelo de la bata y sus manos se dispersan. Se sienta. Nos sentamos.

Me da un magnetófono, aunque yo tengo el mío. En otra ocasión dirá:

–Graba; si no, vas a olvidar lo que dicen –o, peor aún, lo que tú misma dices–. ¡GRABA!

Las confidencias tienen el color mate de la ceniza. Cada cierto tiempo, la luz se apaga en el hueco de la escalera. Entonces, mi compasión crece. Hasta que alguien vuelve a encender. Un instante de luz –palabras más fuertes, más mordaces, más siniestras, edificantes, hasta el momento de la decadencia desgarradora–. Unos cuantos encuentros como este, en la linde de las tinieblas.

—Pretende usted subirme hasta el alma entrando por el recto. Así, sin más. Le parece normal y cree que yo debería estar de acuerdo. Porque a usted le da la gana. Porque se le ha ocurrido. No tienen ustedes conciencia, ni corazón, ustedes, los escritoruchos. Bondad, ni un ocha-vo. Por el recto. Hasta el alma. Abyectos.

»Ustedes, las polacas, son de una insolencia, es innato. De una arrogancia odiosa. Y ahora se presenta aquí y quiere una entrevista. Y hay otros.

»Yo no invito a nadie. No recibo a nadie. Usted es la única; después, siempre lo lamento. Lamento que vea lo que ve. No me fío. Tienen ustedes una curiosa deformación profesional. Crueldad, ninguna compasión.

—¿Es eso lo que piensa?

—Sí. Insolentes. Insensibles y ni un gramo de comprensión hacia su vaca lechera. Quieren ordeñarme, arrebatar-me toda la leche, y ni siquiera puedo pegarle una patada al cubo. Darle una patada para derramarlo todo. Recuperar mis tesoros. Me habría gustado, pero ya es demasiado tarde. Ya he hablado. ¿Por qué me he dejado engañar? No lo sé. ¿Por soledad, quizá?

—¿Le he hecho yo algo a usted, Wiera?

—Los demás, sí; y con eso basta. Hay que saber aprender, el profesor importa poco.

Nos pasamos una semana hablando en el felpudo. Taburetes blancos. Incómodos. Baldosines en el suelo, pintura al aceite en las paredes desleídas.

Es un sitio de paso. Nos quedamos en el umbral de la confianza. Sin pasar de la entrada de una relación posible.

Y luego, un día, llamé como siempre y entreabrió la puerta. Tímidamente, casi pidiendo perdón, pero con un gesto decidido me llevó hacia el interior. Crucé de lado un pasillo estrecho, hasta una habitación difícil de describir. Me hizo un ademán impaciente para señalarme

una silla. Recuerdo pocas cosas, salvo la oscuridad y el aire quieto y pesado.

—El polvo. ¿No se ahoga con el polvo?

—He hecho un pacto con el polvo. Yo no lo desplazo, él no me molesta a mí. Tiene compasión. Pero mis enemigos son incansables. Oí hace poco un programa de radio sobre la Stasi. Es mi vida. Desde que soy un cadáver, todo el mundo me quiere, como a Arafat.

Se desplaza con todo cuidado, se desliza entre los muebles, los montones de cajas de cartón y de periódicos. Apenas cincuenta centímetros, de la cama a la mesa, de la silla al frigorífico, un poco más allá, un sendero abierto entre las columnas de papel (recortes de periódicos, críticas, manuscritos...), hasta el pasillo repleto de maletas, de ropa, de plantas secas, pilas de accesorios prescindibles o imprescindibles. El apartamento es del tamaño de un búnker mediano en el gueto (cuando esto se acabe, prever dinero para un escondite, el precio de la supervivencia, el dinero arrebatado por los maestros cantores); si se vaciara, podrían esconderse varias personas. Los libros se caen de las estanterías, se empujan, rebullen en una pesada masa de aire estancado.

Me cuesta quedarme aquí, ni siquiera unas horas. Hace meses que no sale de este escondite. Años, a juzgar por la percepción viciada que tiene del tiempo y de la realidad.

En la mesa, una lámpara, con la pantalla como una flor con pétalos transparentes de un árbol de Israel. Frágiles como trocitos de pergamino, parecían conchas. Tendría que llamarse *monnaie du pape*², a ella le gustaba llamarlos

2. 'Moneda del papa', en francés en el original polaco. [N. de los TT.]

así y recordarlos como los tesoros del desierto que se había traído hasta el aeropuerto de Orly pasando por el de Ben Gurión—. Se había enamorado de ellos. Se enamoraba con facilidad de todo cuanto no olía a humano. Ella misma colocaba laboriosamente las ramitas como una corona. La lámpara era la luz. Se conoce que en otro tiempo no le parecía peligroso.

Hoy, sigue habiendo oscuridad, las contraventanas están cerradas.

¿Cómo es posible que una persona que ha pasado la mitad de su vida en un escenario no encienda la luz en su casa? ¿Que viva voluntariamente en la penumbra?

—Por culpa de todos ellos, fueron ellos. Como me hicieron esta instalación, tuve que liquidar todas las luces. Y llegaron las tinieblas, tuve que acostumbrarme. La luz de todos ellos tiene otra fuerza. Es especial (para ponerse en escucha y filmar). No se puede estar todo el tiempo con la luz de los proyectores de rodaje. ¿Entiende lo que le digo?

En mi recuerdo conservo la imagen de una lámpara vacilando en la corriente de aire de las ventanas abiertas de pronto, después de su muerte. ¿Moneda del papa? No rescatarás a nadie. Busqué cámaras. No había.

—¡No se trata de usted! Usted es una herramienta. El oído y la pluma, la prolongación de mi mano y de mis ojos, lleva usted las cuentas de mi pasado. Ese papel no le gusta, me doy cuenta por la mueca de su rostro. Pero no tenemos tiempo. No tenemos otra elección. O me toma según mis condiciones u obtendrá usted silencio.

En una hoja cuadriculada de un bloc de espiral, en 1978, escribía ella:

1. *Llevar siempre el magnetófono pequeño (aunque sea en un bolso, grabará).*
2. *No olvidar que ellos graban.*
3. *SOPESAR todas las palabras.*
4. *FILTRAR los pensamientos.*

—Debajo de la almohada tengo un cuchillo, un martillo y un destornillador. Nunca me entregué a cambio de nada. Nunca. Se me quedan marcadas las formas en la nuca y en la espalda. ¿Tendría que sentirme culpable? La culpabilidad, la culpabilidad, siempre la misma culpabilidad judía. ¡Yo no soy culpable de nada! ¿De qué *gawarili*, que ya no me acuerdo?

—Estábamos diciendo que no soporta a los periodistas.

—Eso es demasiado, demasiado halagador.

—Quiero escribir un libro sobre usted.

—No tengo miedo. Han dicho ya tantas mentiras sobre mí. Debería usted considerar que soy el señor K, el de Kafka.

—La señora K...

—¡¡Señora, señora...!! ¡Estamos hablando de mi pellejo! ¡Sigue sin entender, no entiende nada, cabeza de adoquín!

Poco después:

—Wiera le pide perdón. Mucho, mucho. Un favor... por favor, perdóneme. ¡Cuando me pongo nerviosa me convierto en una viejecita insoportable!

—¿Ha tenido usted una vida plena?

—No entiendo lo que quiere decir tener una vida plena.

»No había tiempo para los sueños. Me arrastraba la ola, me llevaba, todo empezó con un éxito que no me esperaba. Y luego, la cosa llegó más lejos, más alto. Me derrumbé en numerosas ocasiones, pero me levanté de aquella tumba. No sé por qué me levanté. ¿Para qué sirve una vida tan larga? No encontré consuelo en la Liberación. No me dejaron olvidar. No tengo derecho a olvidar. Todos han olvidado, pero yo no puedo. A mí me hacen reproches, me entierran viva, porque sé algo que los asusta. Sé. Se agarran de la perilla los unos a los otros, como dicen los franceses, dependen los unos de los otros. Van entregándose el relevo de la calumnia desde hace ya sesenta años. Ahora todo está deformado. La mercancía se ha estropeado. Es como si Alzheimer me hubiera contratado en firme.

»Conozco a una psicóloga en Estados Unidos que me preguntó un día: “¿Qué sientes cuando vuelves al camerino después del espectáculo y no hay nadie esperándote?”. Era la primera vez que alguien se daba cuenta, que comprendía que era como si me hubieran cavado una tumba. El agujero en el que caigo una vez cerrada la puerta. La mayoría de la gente tiene a alguien con quien compartir su suerte; un espejo en los ojos de otro. Hace mucho tiempo, era mi madre quien desempeñaba ese papel. Pero ya no está aquí. Hace años que ya no está aquí. Me quedo sola. Me quito el vestido, el maquillaje. Tiro la boa. Me siento muy tiesa en el sillón. Después de los fuegos artificiales de los bravos y los bises, el silencio resulta helador. No me reflejo en el espejo de unos ojos admirados –no existo–. La diferencia es brutal. La caída es desde muy alto. La euforia se viene abajo. Duele. Le tengo miedo al final del espectáculo porque sé lo que me aguarda.

»He conocido montones de dichas. Sabía valorarlas. Soy humilde con respecto al destino. Sé decir gracias. No

sé a quién darle las gracias porque no creo en nada, pero doy las gracias. Dicen que era guapa, aunque yo no me daba cuenta. Solo ahora, cuando releo viejas críticas, me doy cuenta. Sale a menudo: “Es guapa, guapa”. Pero ¿soy inteligente? He creído comprender que no era tonta.

–¿Qué era para usted lo más importante en la vida?

–Mi madre. Siempre. Hacía lo que fuera con tal de no herirla. Sé que ella siempre temía que alguien me hiciera daño. Que se aprovecharan de su niña. Tenía la inteligencia de no decírmelo, pero estaba muerta de miedo. Ya no recuerdo con ocasión de qué le prometí que no cambiaría de confesión. Ella era creyente. Cosa que yo podía tolerar. La observaba con emoción cuando encendía velas, las envolvía con las palmas de las manos y rezaba bajito. Conservo para siempre esa imagen suya, con los brazos plegados y las manos abiertas por encima de la llama. Hace mucho, me rebelaba, le gritaba, me ponía furiosa. ¡Los judíos, la lengua, la religión! Hoy, sin embargo, eso suscita en mí ternura. He mantenido mi promesa, aunque no haya un ápice de fe en mí. Ahora es cuando analizo todo aquello. Lo analizo y es triste. Ellos lo ven todo. Y lo filman todo.

–¿Quiere chocolate?

–Sí, gracias. ¿Dónde habré dejado las gafas? Sin gafas no puedo leer. Lo tengo todo estropeado –murmura–, voy a quejarme, voy a decirle que me ha quemado los ojos».

Vuelve a susurrar.

–¿Qué es lo que ha encontrado?

Me tiende el brazo. Le da un beso a algo.

–Una pinza de depilar. Es magnífica para depilarse las cejas. Tengo toda una colección de piedras de Israel. Podría regalárselas a un cementerio judío para que las pusieran sobre las tumbas.

—Y ¿qué era para usted lo más importante en el canto?

—Quería provocar emoción. Cantaba para los demás, no para mí. Yo daba, pero también recibía del público una gran parte de emoción, de compromiso.

—¿Se gustaba usted?

—No lo sé. Me gustaba y, al mismo tiempo, no me gustaba.

—Pero cuando alguien decide subir al escenario, debería gustarse al menos un poco.

—Seguramente me sentía orgullosa. Eso va con lo que tiene de irreflexivo la juventud. Quería dar, regalar, todo lo tenía en abundancia. Quería también ser admirada, no puedo ocultarlo. Cantaba desde que era muy pequeña. Me gustaba que me hicieran caso. Estaba impaciente por subir al escenario. Por trabajar. Me estaban esperando. El público. ¿Que quiénes eran? O sea, ¿que usted también va a venirme con esas? Ricachones del gueto, traficantes, gente de la policía judía a los que el destino les había concedido una nueva oportunidad, que habían peleado por conseguirlo, que lo habían logrado, que se negaban a terminar convertidos en víctimas o en jabón. Yo no quería convertirme en jabón. Tenía que cantar. Para conocer mi propio valor, para que lo reconocieran, para que el juego de la vida continuara. No nos faltaba de nada, es verdad, ¿voy a tener que estar siempre justificándome? Trabajaba para comer. Nada es gratis. Trabajaba bien.

Está sentada en la cama. Inclínada. Como de guardia, vigilando su propio miedo. Tiene las manos cruzadas sobre las rodillas. La pantalla de la televisión le lanza al rostro una luz parpadeante.

Está en su casa. En su escondite. De nuevo en un gueto, cincuenta años después. Sabe perfectamente que

debe esconderse. El peligro está al acecho, a la vuelta de cada esquina. Todo el mundo es sospechoso.

–«¿¡No estás muerta!?!». Oía sorpresa y espanto en aquella voz. Regresaba de Babice, cerca de Varsovia, donde me había escondido cuando salí del gueto. No estás muerta... Así es como me recibió a los pocos días de la Liberación, en enero de 1945, mi acompañante de la época del gueto, mi compañero del café Sztuka, Szpilman. Se negó en redondo a buscarme un trabajo en la radio. «¡Dicen que estabas al servicio de la Gestapo!»

–¡Hay una oscuridad terrible en su casa! Es difícil hacer fotos.

–¿Cómo he salido?

–Ésta es bonita.

–Dios mío, qué horror. ¡QUÉ HORROR!».

Se mira en la pantalla de la máquina.

–¿Ese vejstorio soy yo? ¡Y esa sonrisa! Inmundo. Ay, ay, ay, qué fea estoy. Ea, pues no quiero, que no. –En plan melindres–: Y me hago un ovillito de pelo en la cabeza.

–¿No tiene un espejo?

–No me miro –respuesta rápida y afectada–. ¿Para qué puede servirle un espejo a una viejecita así? No quiero verla. Un día estaba en la avenida de Versalles, hay una tienda nueva, muy grande, y un edificio enorme de cristal. Habían instalado una cámara grande. Crucé por el paso de peatones y al acercarme vi... el reflejo... de una mujer mayor. De una vieja. A mi lado había dos jóvenes, les pedí perdón y les pregunté en francés: *est-ce que cette vieille c'est moi?* [‘¿Esa vieja soy yo?’] No dijeron nada; ¿tenían acaso un poco de miedo de que fuera una provocación? Me quedé un momento observando.

–¿Y? ¿La reconoció?

Movió la cabeza.

—¿En qué la reconoció?

—En esta cara inmunda; no saque más fotos. ¿Encendemos una *lampochka*?

Se las apaña bien en ruso. Sabe bastantes cosas —*lampoczke, idi siuda* [‘ven aquí, linternita’], le susurra a la linterna, que se le ha caído.

—¿Fotografías lo de abajo? ¿Hay que enseñar el conejito? Más vale que no vea lo que ocurre. Meón y compañía. Yo no veo nada. No estoy hecha para ser amada.

—Yo creía que una estrella estaba hecha para ser admirada.

—No, yo soy una solitaria. «La inspiración de mi juventud», así fue como me dedicó su libro Tadeusz Konwicki. Los hombres aún me recuerdan. Hay viejos que a veces me dicen: «Dios mío, lo enamorado que estaba de usted». No daré nombres.

—Yo, en su lugar, los daría. ¿Y si encendiera la luz, Wiera?

—No hay luz, ¡yo soy la luz! Me paso días enteros sin abrir la boca. Se me había olvidado que tenía voz. Soy incapaz de poner un pie en la calle. Algunas judías curiosas me preguntan cómo me las arreglo. ¿Cómo me las arreglo? Me divido en dos. La parte enferma se queda en la cama, la parte sana se levanta y se ocupa de la enferma. Es difícil para una seguir a la otra. Intento tener sirvientes, pero no paran de robarme. Es un milagro que siga viva. Pero así lo ha querido el destino. Estoy viviendo mucho, demasiado.

—Wiera, ¿en qué piensa con más frecuencia?

Silencio.

—En que la gente es mala, que los odio, que estoy sola. En mi madre. En lo que más pienso es en mi madre. En realidad, no tengo muchos recuerdos de ella a los que pueda agarrarme. La perdí muy joven.

Le saco unas fotos.

–No es usted en absoluto la misma que la última vez.

–Qué mala es. Me estoy quedando muy delgada, solo tengo ya huesos y pellejo. Mi alimentación es rica, pero son los nervios. Y además es que no me muevo.

–¿Escribe en esta penumbra?

–Tengo que grabar, y cuando tenga un rato me ocuparé de TRANSCRIBIR... Todavía no sé muy bien cómo se utiliza un magnetófono.

Lo enciende, lo apaga. Sonidos poco nítidos. Una voz.

–Aquí, tenía la curiosidad de ver si puede grabarse en un autobús. Si el ruido del motor cubre mis palabras incluso si pego la boca al aparato. Un día grabé una conversación en un café. Varias veces. Es insoportable los golpes que dan con los platos y las tazas.

Clic.

«Uno dos, uno dos. Estoy comprobando el volumen de la grabación. No puedo hablar más fuerte, o llamaría la atención, pero hay unas interferencias enormes. Hablo, hablo. No estoy ni mucho menos segura de poder comprender lo que voy a grabar. Por favor, a ver si vuelvo pronto a casa para escribir unas notas en limpio».

–¿Dónde está su vestido negro de los conciertos?

Musita la respuesta.

–Vaya por Dios –me indica la puerta con un gesto de la cabeza–, no entiende polaco.

»Merde –grita–, lo apuntan todo, todo, graban y luego echan mano de unos polacos que se lo traducen. Lo mismo ocurre con las cartas. Así es como el Cachiporra está al corriente de todo. Pero bueno, ¿jde dónde habrá salido esta!? ¿jHay que explicárselo todo!? Podía por lo menos hacerme preguntas inteligentes, por Dios, sería una maravilla... A veces los insulto, les digo auténticas gro-

serías. Lo consigo. Se me están rompiendo las gafas, el cristal se va a caer en cualquier momento.

–Yo se las sujeto. Podríamos ir al oftalmólogo.

–¿Y quién va a vigilar la puerta? Una de mis amigas quiere llevarme, pero no puedo salir de aquí. No tengo a nadie que me vigile el apartamento.

–¿Se peina usted sola?

–Siempre me he peinado sola. Tenía un pelo magnífico, espeso, una mata larguísima, hasta la cintura. Solo las armenias tienen una mata de pelo así en la cabeza. Siempre me he peinado sola. Una vez fui al peluquero porque no había agua en casa. No quería lavarme la cabeza, sin más. Quería peinarme, pero no me hacía ninguna falta. Sí, siempre un moño muy apretado. Me cuesta mucho ahora hacerme a la idea de que estoy perdiendo pelo. Cuando me aseo y me peino, los recojo para hacerme un día una peluca o un postizo. Pero ella lo tiró todo. Sin embargo, no me di por vencida. Ahora voy guardando los mechones grises en un cajón del cuarto de baño. Me gusta el color que tienen, son suaves. Ayer me lavé la cabeza pensando en usted. ¿Me ha quedado bien? Me parece que tengo piojos. Pero no se ven.

–Me gustaría que me cantara algo.

–Ya no canto absolutamente nada, sabe.

–¿Tampoco tararea nada?

–He sufrido demasiado, y eso es todo lo que me queda. Estoy extraordinariamente amargada, la amargura me ha comido, como el óxido.

–Ahora tiene mucho tiempo, ¿en qué piensa?

–Pienso sin parar. Por desgracia, tengo malos pensamientos.

–¿Piensa en la guerra?

–No. Pienso en esa tragedia. Ayer otra vez estuve lloriqueando. Todo lo que me ocurre aquí es que me mata,

me deja el cerebro hecho fosfatina. No hay otra palabra. Me estoy volviendo loca. ¿Se imagina quedarse en una prisión, en un aislamiento total durante cuatro años y medio? ¡Por una falta que una no ha cometido! Sin poder salir a pasear, a tomar el aire. Sin cielo, sin luz. Es inhumano hasta para el peor de los crímenes.

Cuatro años, eso son cuatro veces doce meses, cuatro diciembres y cuatro abrils, cuarenta y ocho ciclos de sangre inútil, y el eco de cuatro marzos y los árboles en flor, los aniversarios de la muerte de su hijo y de las batallas que tuvo que librar una y otra vez, más de mil auroras y crepúsculos a los que no habrá saludado, sin luz y sin universo, condenada, aislada.

—Y ¿qué habría ocurrido si hubiera salido?

—Le estoy diciendo que la portera me roba. En cuanto me alejaba, aunque solo fuera un instante, venía a mi casa para cargarse de provisiones por la cara. Y también me corta el teléfono. Me acuerdo de que me quedé dos días y dos noches tirada en el suelo, medio inconsciente, completamente sola, porque me habían cortado la línea. Mi historia es una tragedia sin fin. Es la historia de Dreyfus. Una portera es peor que un policía. Convierte a todos los que suben a verme en enemigos. Es algo que no consigo aceptar. Pero no tengo ninguna solución. Nadie entiende. Mi virtud. Mi virtud desnuda. Hasta un prisionero sale de detrás de los barrotes, respira al menos un instante, ventila los pulmones, orea los pensamientos, alivia la conciencia. ¡Un instante corto pero vivificador! No me quejo. Solo quiero que se dé usted cuenta de algo inconcebible.

»No me da miedo la soledad. Lo único que me aterroriza es el otro. Tengo reacciones de animal. Y también un modo de pensar animal. Los animales les tienen miedo a los hombres, huyen de ellos, saben defenderse,

pero no dejan de amarlos igual. Luchan por poder familiarizarse con ese otro que es el hombre. Así soy yo. Siento pasión por las películas de animales. Creo que no se puede vivir sin conocer el mundo de los animales. Ahí es donde se encuentra la esencia de la verdad sobre el mundo. Los animales no saben lo que es la envidia. Matan porque tienen hambre, no por placer. Valen la pena esas películas. Tan lejos de Polonia, de los alemanes, de los judíos.

»Me voy a tirar al Sena. Esa idea me alivia. O voy a prenderle fuego a esto y a quemarme con todos mis papeles.

»Vamos a pararnos aquí, querida, resulta demasiado costoso. Y además, querida, ¡ya ha visto usted todo lo que había que ver!

»El médico me obliga a hacer ejercicios para la memoria, consisten en aprender todos los días algo, sea lo que sea. Me he agarrado a esa tabla de salvación podrida y he intentado recordar las canciones que canté durante años. Imposible. La debilidad de mi cuerpo y de mi corazón y sobre todo de mi cerebro ha sido más fuerte que yo. He tenido que dejarlo.

»¿Treinta y dos canciones? ¿Tantas grabé? En más de diez lenguas... No es raro que esté cascando. Me encontraba que ya no podía más. Y por su culpa estoy sacando a la superficie recuerdos que ya no existían en absoluto. ¿Para qué? ¿Por qué me he dejado engañar? Se ha abierto un boquete, el pozo de la memoria. Caigo. No sé cómo salir. No sé. Ahora voy a coger la pluma y a mojarla en mi propia sangre. Y va usted a escucharme. Va usted a callarse y a escucharme. ¡Cállese!

CAPÍTULO 2

Me había prometido su vestido

Me había prometido su vestido cuando se muriera –el corto negro, se lo ponía y cantaba con tanta ternura–. No me lo dio. A lo mejor lo dejó para que me lo encontrara en el apartamento vacío, pero no estoy segura de que haya pensado en mí entonces.

El vestido se arruga sobre sí mismo, como en un gesto de defensa. Como impregnado por las reacciones de su dueña de siempre. Ni siquiera me cabrá, aunque me gustaría mucho. Ni siquiera conseguiré probármelo. Como tampoco consigo meterme en su pellejo, en sus pasos.

Lo intento.

La mesa de su apartamento parisino ya no tiene valor alguno. Hace años que se viene abajo de papeles, de periódicos desperdigados, de recortes de prensa, de facturas de teléfono y de extractos bancarios, de publicidad, de partituras, de letras de canciones, amontonado todo día tras día en capas sucesivas, como una fortaleza maciza y tambaleante. Entre una lista de la compra que se remonta a la primavera de 2007 (café, mazapán, limones, miel, ajo...) y una caja vacía de bombones polacos Wedel, llena de botones, encontré una hoja de papel A4, cuadriculado. Letra firme pero nerviosa. Con tinta verde: «Le rogaría tuviera a bien abrir un proceso informativo como consecuencia de las acusaciones proferidas públicamente contra mí por crimen de colaboración con los alemanes», escribía en un requerimiento presentado en la fiscalía del Ministerio de